



José Luis Reyna

Inestabilidad

Sería ingenuo no aceptar que el sistema está enfilándose hacia una zona de inestabilidad política. A la crisis económica que nos azota habría que agregar el trágico deceso del secretario de Gobernación, el primer titular de esa dependencia que muere de manera sospechosa y violenta desde que se creó en 1885. Con la desaparición de Mouriño, amigo cercano del jefe del Ejecutivo, se ha puesto en jaque al Estado mexicano. Ese cargo, institucionalmente hablando, es parte nodular del sistema, pues su función es garantizar la gobernabilidad nacional. El deceso de Mouriño devalúa, además, que el equipo presidencial es frágil; que no será fácil encontrar su reemplazo, al menos dentro del entorno inmediato del calderonismo. La administración presidencial actual tiene una escasez de cuadros políticos profesionales que puedan sustituir a un de por sí débil secretario de Gobernación, como lo fue Mouriño, desde que fue nombrado a principios de este año. Su fallecimiento implica un necesario rediseño del gabinete presidencial, en donde el criterio, inevitable esta vez, tendrá que ser el mérito y no la cercanía afectiva o el pago de favores:

No es la intención de estas líneas debatir si el avionazo fue un accidente o un atentado. Las investigaciones correspondientes

tendrán la última palabra. Es deseable, sin embargo, que no suceda lo mismo que con los desastres que cobraron las vidas de un gobernador de Colima en 2005 y de Martín Huerta, encargado de la seguridad federal, en el mismo año: ambos fallecieron en sendos avionazos sin que se haya informado algo al respecto.

El propósito de estas líneas es su-

brayar que la muerte de dos funcionarios de tan alto nivel tiene lugar en un escenario en el que predomina la violencia, cuyo epicentro se localiza en el ámbito del crimen organizado. Un contexto en el que los diferentes cárteles de la delincuencia organizada luchan denodadamente entre sí ante la inoperancia de las instituciones encargadas de combatirlos. No sobra afirmar que la gobernabilidad y la estabilidad del país, dentro de esta circunstancia, están en riesgo: sirva de evidencia el número creciente de ejecutados cada día.

En el accidente aéreo de la semana pasada murió con Mouriño uno de los funcionarios mejor preparados para combatir la delincuencia organizada: José Luis Santiago Vasconcelos. Su experiencia y larga trayectoria en esta función lo convirtieron en una pieza imprescindible para librar esa lucha en contra del hampa nacional. Sin embargo, la cercanía afectiva de Calderón con Mouriño relegó a Vasconcelos a un segundo término. Habría que señalar sin dubitación alguna que la gran pérdida institucional para el proyecto de Calderón en contra de la delincuencia es la de Vasconcelos, no

Continúa en siguiente hoja



la de Mouriño.

Una semana después de que se puso al descubierto una escandalosa infiltración en las instituciones cuya función es salvaguardar la seguridad nacional, tiene lugar un accidente en el que dos de los actores centrales de la misma pierden la vida. La penetración del Estado por la delincuencia es un hecho irrefutable y aunque el desastre aéreo de la semana pasada no necesariamente guarda relación con estos niveles tan hondos de corrupción, los mismos no pueden ponerse al margen de estos hechos. Son parte del escenario. De esta manera, una parte del corazón del Estado mexicano ha sido lastimado para beneplácito de la delincuencia y, por implicación, los acontecimientos son fuente

Que la muerte de dos funcionarios sirva para poner orden y fundamenten el objetivo de proporcionar seguridad a una sociedad cada vez más desprotegida. No hacerlo lesionará más al débil Estado mexicano. Tanto como para llevarlo a los linderos de la inestabilidad

de preocupación para una sociedad cada vez más temerosa y preocupada por un entorno político y social que cada día luce

más vulnerable.

La administración de Calderón tiene ante sí el reto más fuerte que haya enfrentado hasta ahora: rediseñar un gabinete presidencial. Para ello tendrá que atender criterios basados en el profesionalismo y no en los del amiguismo. Excepciones contadas, sus colaboradores son neófitos en las funciones que se les han asignado y, en otros casos, improvisados para atender las necesidades y contradicciones de un país que tiene ante sí un futuro incierto y lleno de complejas adversidades.

La muerte de Mouriño, por la cercanía con Calderón, y la de Vasconcelos, por su calidad profesional, han hecho que la clase política en su conjunto, sin distingos ideológicos, tienda a la cohesión. Ojalá que de esta aparente unidad emerja una política coherente en contra de la delincuencia organizada. Si bien es cierto que Calderón ha hecho del combate a ésta su prioridad principal, cierto es también que aquellos encargados de instrumentarla se encuentran lejos de lograr objetivos mínimos. Hay muchas fisuras dentro de los grupos que resguardan la seguridad del país. Que la muerte de dos funcionarios involucrados en la prioridad de esta administración presidencial sirva para poner orden y fundamenten el objetivo de proporcionar seguridad a una sociedad cada vez más desprotegida. No hacerlo significaría que la violencia continuará y los atentados o los accidentes seguirán cobrando víctimas que lesionarán más al débil Estado mexicano. Tanto como para llevarlo a los linderos de la inestabilidad. ■ ■

freyna@colmex.mx

